

á la mutacion de su esencia. Tampoco podia pecar por aspirar á mayor perfeccion de la que tenia, porque todo ser criado puede aspirar á mayor perfeccion, y cuanto es mas perfecto, mas se asemeja á Dios. Su crimen, pues, fué en el objeto y en el medio. En el objeto, porque no aspiraba á ser mas perfecto para complacer á Dios y ser mas digno de su amor, sino para engrandecerse á sí mismo y satisfacer su vanidoso y sacrílego orgullo. En el medio, porque aspiraba á ser mas perfecto por su propia virtud y no por la del Criador. Hé aquí el pecado de la criatura. En la caída del ángel, pues, vemos en compendio nuestras pasiones delinquentes y el germen funesto de todas ellas: el orgullo y el amor exclusivo á sí mismo, fuente de la rebelion y de todas las iniquidades.

Isaías describe la caída de Luzbel en la persona del rey de Babilonia. “¿Cómo caíste del cielo, ¡oh lucero! tú que tanto brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitado por tierra, tú que fuiste la ruina de las naciones? ¿Tú, que decias en tu corazón: escalaré el cielo: sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, sentaréme sobre el monte del testamento, al lado del Septentrion? Sobrepujaré á las nubes: semajante seré al Altísimo. Mas ¡ay! fuiste desplomado al hondo abismo del inferno!”

Ezequiel pinta la misma caída en la persona del rey de Tiro. “Hijo de hombre, dí al príncipe de Tiro, esto dice el Señor Dios: porque se ha engraido tu corazón y has dicho: Yo soy un Dios, y sentado estoy cual Dios en el trono, en medio del imperio de los mares, siendo hombre, y te has creído dotado de un entendimiento como de Dios..... Esto dice el Señor: porque tu corazón se ha ensalzado como si fuese el de un Dios, por esto mismo haré venir quien destruya tu sabiduría y tu gloria.”

Este es el rey, dice Job, sobre todos los hijos de la soberbia. ¡Fué aquel rebelde principio de las vías de Dios! San Lucas dice: “Vi á Satanás como un relámpago que cae del cielo,” y San Juan: “Aquel fué homicida desde su principio.” Ezequiel exclama: “Los cedros no fueron mas altos que él, y toda piedra preciosa era su vestido.” Y San Pablo, escribiendo á los de Tesaló-

nica, hablando del Anticristo, dice con su acostumbrada profundidad. “Para que sentado en el templo de Dios, se ostente como si fuese Dios. Y si éste, no siendo mas que un miembro, tanto se envanece, ¿cómo se engrairá su cabeza?”

Pero donde se conoce mas especialmente el espíritu de soberbia del ángel tentador, es en la pretension de inspirar este deseo sacrílego hasta en la criatura humana. *Seréis como Dioses*, dijo á Eva. Fácil es inducir de aquí, que este deseo inmoderado de asemejarse á la Divinidad por una secreta y orgullosa envidia á sus esenciales prerogativas, fué el gran crimen del espíritu rebelde. No contento con haberlo apetecido, le inspiró tambien á nuestros primeros padres, para que cayese igualmente sobre estas incautas criaturas y su desdichada posteridad, el castigo eterno y espantoso que sobre él habia caído, pues uno de sus mayores tormentos era el ver la felicidad de otras criaturas que le eran inferiores en perfeccion.

La soberbia, pues, y la envidia son los vicios privativos del demonio, bien que, como á reato de culpa, es capaz de todas las mas viles pasiones. Mas conviene observar de paso que, brutal ó avariento, muelle ó ambicioso, no se deleita como el hombre por un sentimiento de su doble naturaleza, sino que su feroz placer consiste en alegrarse del mal del hombre, cuando le ha hecho esclavo de estos apetitos impuros, de que él no es capaz por su naturaleza.

Así es como, introducido ya por la culpa sobre la tierra, y multiplicado, por decirlo así, en sus innumerables secuaces, se hizo adorar del hombre bajo la forma y el aliciente de aquellas pasiones funestas con que le habia perdido al principio. Procuró borrar la imágen de Dios en el corazón de la criatura, y sustituir la suya bajo apariencias seductoras. Sus templos se desplomaron por la viva palabra de Dios, descendido visiblemente al mundo; y si bien quedó destruido el imperio absoluto que sobre el hombre tenia, con todo, debiendo el hombre para merecer, triunfar de sus sugestiones, le ha quedado el funesto permiso de tentar á la cria-

tura para probarla; y si ya no es adorado como Dios, á lo ménos se transforma en las pasiones mismas para seducir á los infelices mortales, y haciéndoles cómplices de su iniquidad, hacerles compañeros de su castigo.

Antes de Jesucristo era adorado casi por todo el mundo, y su imperio volverá á extenderse ántes que el mundo espire; mas será de poca duracion.

Estos espíritus de soberbia, no fueron naturalmente malos, como sostenia Porfirio. Un tal supuesto argüiria en el Criador imperfeccion, impotencia ó injusticia. Fueron criados buenos, y tornaron malos por su propia malicia y voluntad. Lo contrario repugna la razon, y es condenado por la Iglesia.

Los ángeles malos, pues, fueron buenos en el instante de su creacion, así como fué bueno el hombre en el estado de inocencia, pues ninguna criatura sale mala de las manos de Dios. Aun mas, fueron capaces de merecer, por la gracia de que les revistió el Criador, pues criándolos para su gloria, debía criarlos con toda la capacidad necesaria para ser dignos de dársela, como los demás ángeles que lo fueron. Mas al punto, ellos mismos impidieron su felicidad, declinando su libre albedrío del fin para que fueron criados. La opinion mas comun es, como hemos ya insinuado, que luego despues del momento de su creacion pecaron, pues un solo acto meritorio les bastaba para merecer la bienaventuranza. Tres instantes, pues, pudieron bastar para esta terrible historia, que no ha de circunscribirse en los límites del tiempo. En el primer instante todos fueron buenos: en el segundo hubo distincion entre buenos y malos: en el tercero, cada uno habia recibido su merecido. Aquellos instantes de los espíritus son para nosotros tan incomprendibles como la misma eternidad.

La pena de los ángeles malos es muy difícil de comprender para un mortal. Sin embargo, por la idea que tenemos de la justicia de Dios, y por los efectos del pecado, que por desgracia experimentamos en nosotros mismos, podemos columbrar cuál debia ser el castigo de la soberbia rebelada en aquellas inteligencias, cuyo

primer acto, debiendo ser un himno de asombro, de amor y de gratitud, fué un grito infame de insurreccion y de orgullo. El conocimiento natural que de las cosas tenian no se les quitó, por ser inherente á su naturaleza; así como al hombre deliniente no le fué quitada la razon natural, sin la que dejaria de ser criatura racional. Tampoco se les debió privar del conocimiento de las cosas reveladas hasta aquel punto, en que este conocimiento es ya una fruicion de gloria, una beatitud. Debieron conocerlas especulativamente para que viesen todo el horror de su ingratitud y de su infamia, toda la bondad y belleza de aquel Dios á quien habian para siempre perdido, y que solo conocian ya por el ódio, no por el amor. Aquella parte, pues, del conocimiento revelado, que podemos llamar efectivo, que encierra el amor de Dios y el don de la sabiduría, que forma las delicias inefables de toda criatura inteligente, de éste, no hay que dudarle, fueron privados enteramente. El conocimiento que tienen de Dios, como que no se refiere á su gloria, es llamado *tinieblas, noche*. No les fué dado el claro conocimiento del reino de Dios, pues á haberlo conocido, no hubieran crucificado la gloria de Dios, al modo que los insensatos mortales crucificaron por esta ignorancia funesta á su Criador humanado. Así es que se engañan algunas veces, y su conocimiento puede llamarse ignorancia, comparada con la de los espíritus puros.

Quedóles tambien por eterno castigo la obstinacion en el mal, tormento incomprendible y espantoso, en que la voluntad, como á pesar suyo, se obstina en un mal, cuyo horror y gravedad conoce el entendimiento. La voluntad angélica fué libre ántes de la eleccion en inclinarse al bien ó al mal, á la justicia ó al delito; mas una vez fijada, no muda jamás. Este inexplicable tormento será tambien el de los réprobos con el ódio que tendrán á Dios, á quien conocerán lo bastante para sentir toda la desdicha de la fatal necesidad de aborrecerle. El dolor, pues, no como pasion humana, sino como acto indispensable de su voluntad, es y será el suplicio de los espíritus infernales. Quisieran lo que no es, y no quisieran lo que es. Véanse privados de la beatitud que apetecen por su na-

turaleza. Creen, y se estremecen. No se duelen del mal de la culpa, no son capaces de un solo acto de arrepentimiento, ni de un suspiro de amor, porque entónces sería buena su voluntad. Duélese, sí, del mal de la pena, conocen su inmensa desgracia, y privados del amor que pide perdón, y de la esperanza que consuela, sufren con rábía el peso insufrible de una existencia que siempre renace; y conociendo la felicidad del cielo, braman atormentados por una sed de gozar que les devora de continuo, en cuya comparacion el volver á la nada sería una felicidad suprema. El diablo, dice, Isaías, será roído por el dolor de corazón y ahullará por contrición de espíritu. Y el autor del Apocalipsis añade, que arrojado á un estanque de llamas, será atormentado por los siglos de los siglos.

Al momento de pecar, los ángeles precitos fueron arrojados del cielo, y se hundieron en el abismo. Mas no podemos negar que, desde el pecado del primer hombre, Dios les permitió salir de allí, para probar á la criatura. Pidieron á Dios, dice San Lúcas, que no los metiera en el abismo, teniendo por gran pena el no hallarse en un lugar en donde no pudiesen saciar su envidia dañando al hombre; y añade San Márcos, que rogaban á Dios no los espeliese fuera de esta region. Parece, pues, indudable que hasta el último dia permite el Señor á estos malignantes espíritus, á esas *potestades de los aires*, vagar por el espacio para tentar al hombre viador, aunque sea su propio lugar el abismo en que fueron sepultados. Y así como, siendo el cielo el lugar de los ángeles buenos, no disminuyen éstos su gloria, viniendo á nosotros; así tampoco disminuyen de pena los malos, vagando por el aire caliginoso, por permission de Dios, para ejercitar á los hombres. Llevan siempre además consigo la llama del infierno. Sus propios tormentos les siguen. Ellos recorren este vasto globo, donde por su perfidia introdujeron el llanto y la desgracia. En vano asoma á sus lábios una feroz sonrisa, cuando hacen caer nuevas víctimas con sus engaños, y arrastran nuevas criaturas á su eterna desventura. Ellos sienten á veces aquellas cadenas invisibles con que los tie-

ne amarrados el Omnipotente, y con que detiene cuando le place la audacia de su vuelo. Dios reside en el mundo, y su eternal dedo les señala como á las olas la línea hasta donde pueden llegar. Y ellos obedecen estremecidos.

Nos parece haber desenvuelto algun tanto la doctrina de la fé y de la ciencia sobre la caída de los angeles rebeldes; y, sin apartarnos de la misma senda, no creemos que se nos acrimine el condescender ahora algun tanto con la imaginacion. No hay duda que las dimensiones colosales que ofrece el cuadro que acabamos de delinear, ha abierto al génio un vasto campo de invencion ideal, que sin tocar á la fé, ni al fondo de la tradicion, ha contribuido á presentar con mas viveza á nuestros ojos aquellos misteriosos acontecimientos. Los que declaman contra aquella poesía que, respetando la fé que adora, le presta sus bellezas y sus gracias, para hacerla mas amable á los ojos de los hombres, ¿no han advertido que la religion y la Iglesia, que es su depositaria, permite á la poesía de las artes que materialice, por decirlo así, en nuestros mismos templos los mas altos misterios? ¿Qué es si no una poesía, ó sea una figura sensible del mas elevado de los misterios la representacion de la adorable Trinidad? ¿Podemos acaso presentar sino por símbolos los espíritus, sus calidades, y aun los misterios mismos que creemos y adaramos? Exceptuando la presencia real de Jesucristo, ¿qué otra cosa hay en nuestros templos, sino geroglíficos sagrados? La Virgen, el santo, el ángel, las luces, el incienso, producen en nosotros impresiones materiales para elevar nuestro pensamiento á lo sobrenatural: los sacramentos mismos son señales sensibles de la gracia invisible que se nos comunica por los méritos del Redentor. Por eso todas las artes han colgado ante las aras de la religion sus mas brillantes trofeos. ¿Y cómo podria dejar de hacerlo nuestra imaginacion y nuestra alma, en donde reside toda la hermosura del universo? Este es cabalmente parte de nuestro objeto: que la ciencia y el génio respeten la religion por gusto, y despues la amen y la adoren por necesidad.

Milton es quizá entre todos los ingenios el que supo sacar me-

por partido de lo que sabemos acerca de la caída de los ángeles. Haciéndola entrar como un episodio magnífico en su *Paraiso perdido*, toma de ella el carácter que atribuye al monarca del infierno y á todas sus acciones, hasta haber completado la perdición del hombre. En la descripción de su carrera, cuando, saliendo de su abismo, va al descubrimiento de la creación, hay rasgos inimitables de imaginación, que en nada ofenden á la razón y á la fé. Todo respira aquella inmensidad que existe realmente en los espacios, y de que no podemos formarnos idea sino por palabras negativas. Sobre todo toma el carácter de Satanás, del espíritu de soberbia y de ambición de reinar, inseparable siempre de la rebelión y del crimen. Oigamos al príncipe de las tinieblas desde lo alto de las montañas de fuego, donde contempla por primera vez su imperio. "¡Adios, campos dichosos, que habitan las delicias inmortales! ¡Horrores, yo os saludo! ¡Yo te saludo, mundo infernal! ¡Abismo, recibe á tu nuevo monarca! Él te trae un espíritu, á quien jamás mudarán los tiempos y los lugares....." Observad luego el lenguaje de la ambición y de la rebelión castigada pero no arrepentida: "A lo ménos aquí reinarémos: propio es de mi ambición reinar, aunque sea en los infiernos." ¡Cuánta filosofía, cuán inmensas aplicaciones encierran estas pocas palabras!

Veamos cómo describe á Satanás, en medio de su infernal consejo: "sus formas conservaban una parte de su esplendor primitivo: no era ménos que un arcángel caído: su excesiva gloria algun tanto oscurecida. Así como cuando luce el sol al salir, despojado de la majestad de sus rayos, echa una mirada horizontal por entre las tinieblas de la mañana, ó como un eclipse, oculto detrás de la luna, esparce sobre la mitad de los pueblos un crepúsculo funesto, y atormenta á los reyes con el miedo de las revoluciones; así aparecía el ángel oscurecido, pero resplandeciente aún, sobre todos los compañeros de su caída. Su rostro, sin embargo, estaba surcado con las cicatrices del rayo, y se vislumbraban sus pesadumbres sobre sus mejillas descoloridas."

Mas donde se marca con mas viva precisión el carácter del espíritu precito, es cuando, escapado del abismo, y sobre el umbral de la tierra, se desespera contemplando las maravillas del universo, y dirige al sol su palabra.

"Oh tú, que coronado de una gloria inmensa, dejas caer tus miradas, como el Dios de aquel nuevo universo, desde lo alto de tu solitario dominio: tú, á cuya presencia ocultan las estrellas sus humilladas cabezas; yo te dirijo mi voz, pero no una voz amiga: pronuncio tu nombre solamente, ¡oh sol! para decirte cuánto aborrezco tus rayos: ¡ellos me recuerdan la altura de que he caído, y cuán glorioso brillaba yo en otro tiempo sobre la esfera! ¡El orgullo y la ambición me han precipitado! ¡Me atreví en el cielo mismo á declarar la guerra al Rey del cielo! No merecía esta correspondencia el que me habia criado en la eminente clase en que me hallaba..... Viéndome tan elevado, me desdeñé de obedecer, creí que un paso mas tan solamente me colocaria en el estado supremo, y me aliviaria en un instante de la carga inmensa de un reconocimiento eterno..... ¡Ah! ¿Por qué su voluntad omnipotente no me hizo nacer en la condición de algun ángel inferior? Aun hoy seria yo dichoso; no se hubiera alimentado mi ambición con una esperanza sin límites..... ¡Desdichado! ¿Dónde he de huir de una cólera infinita y de una desesperación sin límites? El infierno se halla en todas partes en donde yo estoy: yo mismo, yo soy el infierno..... ¡Oh Dios! ¡mitiga tus golpes! ¿No ha quedado medio alguno para el arrepentimiento, ninguno para la misericordia, ninguno fuera de la obediencia? La soberbia me lo impide, ¡qué vergüenza para mí delante de los espíritus del abismo! ¿No los seduje yo, prohibiéndoles la sumisión, cuando me atreví á jactarme de subyugar al Todopoderoso? ¡Ah! en tanto que ellos me adoran sobre el trono de los infiernos, ¡que poco saben cuán caras pago aquellas soberbias palabras, cuando gimo interiormente bajo el peso de mis dolores.....! Mas si yo me arrepentiese, si por un acto de la gracia divina subiese á mi primer estado, ¿cómo sucederia que un lugar eminente excita altos pen-

samientos, y cuán pronto quedarán desmentidos los arrepentimientos de una fingida sumision.....! Él lo sabe, y está tan lejos de concederme la paz, como yo de pedírsela..... ¡Adios, pues, esperanza, y adios contigo, temor y remordimiento! ¡Todo se perdió para mí! ¡Desdicha, sé mi único bien! Por tí dividiré á lo ménos el imperio con el Rey del cielo: ¡aun tal vez dominaré yo mas de una mitad, como en breve lo experimentarán el hombre y este mundo reciente!"

En este bellissimo fragmento se advierten los rasgos característicos del ángel tenebroso, sin separarse de lo que enseña la mas estricta teología acerca del castigo de los espíritus rebeldes. El bramido de la envidia, de la obstinacion y de un dolor desesperado, el odio reconcentrado contra Dios, el feroz remordimiento del orgullo y la vanidad, buscando satisfacerse en la misma humillacion, tales son los oscuros y horribles coloridos con que pinta el poeta á esta rebelde y humillada inteligencia. Bosquejando al mismo tiempo el cuadro de las pasiones humanas en su mayor perversidad, tal vez formaba un tipo ideal de aquellos vicios desastrosos é insaciables, que veia con dolor desolando su patria, y que vemos repetidos por desgracia en todos los siglos y muy especialmente en el nuestro.

El hombre parece haber participado infelizmente de aquel orgullo indomable que llenó los cielos de escándalo, y que con la funesta fruta hizo entrar en su corazon aquel espíritu frenético de soberbia y de loca independencia hasta de su Criador: origen funesto de todas las calamidades que aquejan al mundo.

Mas del mismo modo que no aprobamos la opinion de los que quisieran eterno divorcio entre la religion cristiana y las gracias de la imaginacion, cuando sin inmutar en lo mas mínimo lo que la fé nos enseña, solo se pretende dar mas viveza y atractivo á sus mismas verdades, y sensibilizarlas de un modo digno y decoroso; declamarémos altamente contra los que, sin conocer el espíritu de la religion, ni haberlo consultado en los libros santos, ni en la historia de los siglos, se valen de ella como de un mito cualquiera,

alterando ó profanando sus sagrados dogmas, su verdadera moral, y el carácter de las virtudes que manda practicar. Quien no ame la religion, que no toque á ella. Es preciso estar poseido de los sentimientos que inspira, para hablar de sus misterios, aunque sea en poesía. No es la primera vez que emitimos esta verdad, y ahora hemos aprovechado la oportunidad de repetirla. El génio ha de servir á la religion, y no la religion al génio; y tiempo es ya que, dejando de ser el divino cristianismo el juguete de los sistemas y de las escuelas que se disputan el imperio voluble y momentáneo de la opinion humana, se acelere aquel momento feliz en que la religion santa, tan escarnecida en la tierra, domine sobre todos los corazones, reinando al mismo tiempo sobre todas las bellezas del pensamiento, en la filosofía, en la poesía y en el arte.

Fáltanos tocar un punto delicado, acerca de la caida de los espíritus angélicos; y es el columbrar si fué mayor el número de los que cayeron, ó de los que quedaron. Es muy natural el presumir, que queriendo crear Dios á los ángeles para su propia gloria, ó mejor dirémos, para que ésta se manifestase, pues el Supremo Sér estaba ya bastante glorificado en sí mismo, no hubiera resuelto la creacion de aquellos espíritus, viendo en su soberana presciencia que el número de los rebeldes y proscritos habia de ser mayor que el de los obedientes y premiados. Esta conjetura, fundada en la razon, la vemos confirmada en lo que nos dice el apóstol profeta en su arcanoso libro de la *Revelacion*. El Dragon arrastró consigo la tercera parte de las estrellas, y las arrojó á la tierra. El gran escándalo de Luzbel arrastró consigo innumerables legiones de espíritus, que se rebelaron en aquel mismo momento. El pecado, pues, del primer ángel fué para otros causa de pecado, no por coaccion, sino por induccion. ¡Tan cierta y universal es aquella terrible verdad, pronunciada despues sobre la tierra por aquel mismo que es la verdad Eterna: ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! Mas ved castigado en el mismo punto el orgullo de los innumerables seducidos. Si el amor á una

loca independencia les hizo rebelarse contra Dios, quedaron en el mismo momento esclavos del primer ángel precito. Rehusaron doblar á Dios la rodilla, y quedaron despues gimiendo bajo la tiranía de un semejante á ellos, el gefe de las legiones infernales. ¡Qué lección para todas las inteligencias creadas!

En sentir, pues, de los Santos Padres que tratan sobre la materia, muchos mas quedaron que cayeron. Así parece que lo exijia la mayor gloria del Criador, y así lo declara la voz del santo desterrado en Pátmos. Los millares de millares que asisten ante el Cordero de Dios y le sirven y le glorifican incesantemente, manifiestan la inmensidad de aquella creacion resplandeciente que quedó rodeando el trono de Dios. Si la imaginación se pierde, recorriendo aun mas allá de la tierra los astros sin número, cuya dirección puede muy bien Dios haber confiado á estas puras é innumerables inteligencias, ¿quién podrá, ni aun por sombra calcular, la fulgurante muchedumbre de espíritus bienaventurados que engradecen el poder y la majestad de Dios, en donde reside principalmente su gloria, la adorable humanidad del Verbo, y la inmortal corona de los escogidos?

Concluyamos con una bella observación que encierra al mismo tiempo una filosofía profunda, y que nos ha sujerido un gran número de reflexiones importantes. Dicen algunos autores que el primer ángel que pecó es llamado querubín (*ciencia*) no serafín (*ardor*); añadiendo que de serafines y tronos, que están mas íntimamente unidos á Dios, no se dice que haya demonios.

De esto puede inferirse, que no de amor ni de proximidad á Dios nació el pecado, sino de ciencia y de poder, como mas susceptibles de orgullo, y mas comunes al bien y al mal. La caridad, ó sea el amor á Dios, es mas difícil que ceda á las sugestiones del orgullo, y que se decida á romper los dulces y fuertes vínculos que le unen con su objeto, porque tiene su raíz en el corazón. El poder, émpero, y la sabiduría son mas capaces de envanecerse y de olvidar el origen de donde proceden. El poder propende á la altivez y á la ambición, cuando el sentimiento que

inspira no va unido con la humildad y el reconocimiento. La sabiduría reside en el entendimiento; y aunque parece debiera ser la mas distante del error, por el mayor conocimiento que supone del bien y del mal, no obstante es la mas capaz para engreir el espíritu y cegarle infelizmente, oscureciendo su propia luz con las tinieblas de la soberbia.

En las inteligencias humanas vemos con frecuencia á los grandes talentos desvanecerse y caer, impelidos por aquel espíritu de soberbia que hundió en la noche eterna á las grandes lumbreras del firmamento. Vemos tambien á los poderosos, olvidarse de aquel de quien viene todo el poder; y aun volver el suyo contra Dios mismo. Parece que los humanos precinden de tributar al Dispensador Supremo el tributo de su pensamiento y de su corazón. Pero la caridad, la humilde y ferviente caridad, aunque no brille tanto sobre la tierra como la llama del génio, es un fuego sagrado que no se consume, y arde siempre como un holocausto puro en la presencia del Criador. ¡Serafines de la tierra! ¡Almas humildes y amantes que os alimentais suavemente de la caridad! ¡El mundo no os conoce, ni os merece; pero vosotros deteneis tal vez la mano de Dios alzada contra él para vindicar su justicia! En este siglo hemos presenciado grandes caidas de génios que parecian encumbrados como el ángel soberbio en lo mas alto de la region intelectual, y creados para defender sobre la tierra el trono del Altísimo. Mas un soplo de orgullo les desplomó de aquella eminencia brillante en que aparecian sublimados; mientras que vosotros, ángeles en carne por el amor, habeis permanecido fieles, porque no buscais vuestro propio engrandecimiento, ni estais tan á riesgo de olvidaros de que lo debéis todo al que os crió. Una sola de vosotras que hubiese caido, almas de la caridad, hubiera sido un presagio mas funesto para la religion, que la caida de esas hinchadas inteligencias que asombran al mundo, pero que, faltándoles las alas de la caridad, no pueden remontarse hasta el cielo.

Dijimos, poco hace, que por medio de aquellos celestes men-

sajeros Abraham se veia iniciado en los misterios de lo futuro. Aquellos huéspedes, pues, le preguntaron donde estaba Sara. Bien fuese que las costumbres del tiempo y del país no permitiesen á Sara estar á la presencia de los extranjeros, bien fuese que la llamasen fuera de allí los cuidados de la hospitalidad; pero, sea como fuere, no se hallaba distante de allí, y las palabras de la conversacion podian muy bien llegar á sus oidos. "Ahí está en la tienda" respondiáles Abraham. "Dentro de un año por este tiempo, añadió uno de los augustos peregrinos, volveré yo á visitaros, los dos estareis con vida, y Sara tu mujer, tendrá un hijo." Oyó Sara estas palabras, y pensando en su avanzada edad, se rió secretamente de la propuesta, pues separada de los viajeros por la puerta de la tienda, no podia ser vista. Y dirigiéndose uno de ellos á Abraham, le dijo: "¿Por qué se ha reido Sara, diciendo para sí misma: *¿En mi edad habré de parir un hijo?* ¿Hay acaso nada difícil para Dios? Al plazo señalado volveré á vosotros en este mismo tiempo; los dos estareis vivos, y Sara tendrá un hijo." Asustada Sara con esta reprension, lo negó diciendo: No he reido. No decis verdad, repuso el interlocutor, vos habeis reido. Sara miraria sin duda á sus huéspedes como simples hombres, y aquella risa nada tenia de impío; pero cometió una falta en mentir, pues jamás debe negarse la verdad, aun cuando su confesion infunda algun temor. La mentira mancha los lábios como una espuma impura, y nunca puede traer sino una utilidad pasajera y despreciable; pero la verdad sublima hasta ella y cubre con un reflejo de su hermosura á los que no le son traidores, y este honor es siempre por último resultado nuestro mayor interés. Aun cuando la confesion sea de una falta, es un acto de humildad y de reconocimiento de nuestra propia flaqueza, y este acto revela siempre una alma recta.

La risa de Abraham, á las palabras del extranjero, no fué de duda ni de desconfianza, y por esto no fué culpable; fué mas bien la sonrisa de la admiracion y de la alegría, pues vislumbró

en aquellas palabras proféticas algunos de los designios que Dios tenia sobre él y sobre su posteridad.

Levantáronse los ángeles para continuar su viaje. Abraham quiso acompañarlos y anduvo algun tiempo con ellos en direccion á la ciudad de Sodoma. En esta ocasion quedó instruido anticipadamente el patriarca del castigo preparado á los corrompidos moradores de Pentápolis, y sostuvo con su celeste interlocutor aquel diálogo de una sublime familiaridad, en el que se revela toda la ternura paternal que pone Dios en el gobierno del mundo, y toda la confianza filial que pueden poner en Dios los hombres. Hay una voz en los crímenes que llega hasta el cielo, y hace descender de allí la venganza lenta pero inevitable: así como hay una voz en las acciones del justo, que aplaca la indignacion de Dios y desarma su airado brazo.

El Señor, como hablando consigo mismo, levanta como el velo á sus propios designios y manifiesta los motivos de su revelacion á Abraham sobre la catástrofe de Sodoma. "¿Cómo es posible, dice, que yo oculte á Abraham lo que voy á ejecutar, habiendo él de ser cabeza de una nacion grande y fuerte, y benditas en él todas las generaciones de la tierra? Cónstame que mandará á sus hijos y á su familia despues de sí, que guarden el camino del Señor y obren conforme á rectitud y justicia, para que cumpla el Señor por amor de Abraham todo cuanto le tiene prometido;" como si dijera: Yo, que doy á Abraham muestras tan particulares de cariño, y que le trato como á mi íntimo amigo, ¿podré ocultarle el singular escarmiento que voy hacer con estas ciudades de pecado? Interésale mucho esta noticia, porque tiene un sobrino en medio de ellas. Él ha de ser padre de muchos pueblos, segun la carne, y padre de todas las naciones por la fé; cuidará mucho de instruir á sus hijos en mi temor, y proponiéndoles este ejemplo de mi justicia, hará que caminen conforme á mis leyes y á mi beneplácito." Al momento descubre el Señor á Abraham por medio de su ángel la revelacion terrible. "El clamor de Sodoma y Gomorra va creciendo mas y mas, y su crimen ha lle-